

IV.

ACTAS

DE S. BASILIO (1)

DE ANCIRA.

*Sacadas de Bolando, y cotejadas con un Manuscrito Griego de la Biblioteca del Vaticano.*

**A**plicado Basilio sin intermision á enseñar á los hombres las verdades christianas, y á sacarlos del error, y de la mentira, se esforzaba á conducirlos por los caminos de Jesu-Christo, y á apartarlos de los del demonio. No cesaba de predicarles, que se acercaban unos tiempos calamitosos; que los Príncipes de la milicia infernal habian salido ya de su carcel, y sembraban por todas partes lazos, peligros, y escándalos; que entre los Ministros de Jesu-Christo había algunos del demonio, revestidos de pieles de ovejas; pero que en la realidad no eran sino lobos crueles, y rapaces, que no buscaban sino hartarse de almas; y que así era preciso caminar con grandes precauciones. Gritaba con toda su fuerza, y con toda la intrepidez, y toda la constancia de un Profeta. Seguidme vosotros, todos los que quereis arribar á la felicidad eterna: yo os mos-

(1) A 22 de Marzo.

mostraré el camino que conduce á ella: yo os señalaré al mismo tiempo la que lleva á la desgracia perdurable: yo os haré ver en qué abismos se precipitan los que abandonan al Dios vivo por seguir á unos Idolos sordos, mudos, y ciegos. ¿Qué provecho pensais vosotros que sacan de una mudanza tan poco cuerda? Abrasarse en un fuego, que no se apagará jamás. Por eso nosotros, todos quantos somos, deseamos conservar el tesoro inestimable de la Fé: no tememos atropellar por toda esa pompa vana, y ridícula, con que el demonio aficiona, sorprende, y obliga á los espíritus que ha engañado: despreciamos esas necedades de que llena los ojos, y el corazon de los miserables esclavos: no nos acobarde la dificultad de la empresa: Jesu-Christo será con nosotros: él nos sostendrá, nos defenderá, y nos dará la recompensa por sus manos.

Con semejantes discursos recorría Basilio cada dia toda la Ciudad de Ancira, exhortando, animando, y amenazando á cada uno: alentaba á unos con la esperanza de los bienes futuros: intimidaba á otros con el temor de las penas eternas; é inspiraba á todos el desprecio de los tormentos, y de la muerte. No obstante, Eudoxio (1), Macario, Eugenio, y algunos otros Obispos Arrianos, que se habian juntado en Constantinopla, le prohibieron que fuese así predicando al pueblo

(1) Obispo Arriano de Germanicia, despues de Antioquia, y últimamente de Constantinopla el año de 360.



unas verdades que no le agradaban; pero al mismo tiempo doscientos y treinta Obispos, que tenían un Concilio en la Palestina, le exhortaban á continuar, á no temer cosa alguna, á obrar siempre con confianza; y en fin, á acordarse que siendo uno de los principales Oficiales del Palacio del Emperador, debía dar exemplo de una fidelidad mas perfecta para con Jesu-Christo. Y así, caminando este santo hombre en la presencia de Dios, anunciaba valerosamente la doctrina irreprehensible de la Fé; y la regularidad de su vida, junto con la fuerza de sus palabras, sacaba cada dia del error á muchos Christianos, que desgraciadamente se habian dexado llevar. Estaba la Iglesia por entonces en una horrible agitación. Delataron á Basilio al Emperador (1), como á un hombre inquieto, sedicioso, y que por sus excesivas predicaciones fomentaba la turbación, y la division. Quiso el Príncipe hacerle el interrogatorio por sí mismo; pero fue siempre invariable en sus respuestas, siempre firme, é inalterable en la Fé, y en la tradicion de los Padres, defendiendo con mucho zelo, y capacidad la Fé ortodoxa; lo que quitó á la heregia muchos sequaces.

Despues de la muerte de Constancio, y que subió Juliano al Imperio, renunciando este abiertamente el Christianismo, emprendió ganar para sus Dioses otras tantas almas quantas pudiera lograr.

(1) Constancio.

grar. Hízose Doctor de la idolatría: publicó sus dogmas impíos tocante al culto que quería se diese á estas divinidades inanimadas, é insensibles, y le estableció en la Galacia, donde se vieron por quince meses humear los altares de los Dioses de Juliano. Afligido sumamente Basilio de la desgracia de la Iglesia, y temiendo esto mismo por Ancira su patria, hizo públicamente á Jesu-Christo esta oracion: "Salvador del mundo, luz  
 „ que no puede ser oscurecida, sol que disipais  
 „ las tinieblas del error, tesoro inmenso de las  
 „ riquezas infinitas de la divinidad: Señor Todo-  
 „ poderoso, volved los ojos: esos ojos, digo, que  
 „ están algunas veces encendidos de una santa, y  
 „ terrible cólera: esos ojos, que lanzan sobre los  
 „ pecadores el rayo, y la muerte: volvedlos so-  
 „ bre esas ceremonias abominables, y disipadlas  
 „ con los que las practican. No permitais que  
 „ prevalezcan á la verdad que nos habeis ense-  
 „ ñado: arruinad esos altares, y sus ministros.  
 „ Haced inútiles sus proyectos, y que no puedan  
 „ jamás seducir á las almas de los que creen en  
 „ vos." Oyeron esta deprecacion algunos adora-  
 „ dores de los Idolos: bramaron de rabia contra el  
 „ que la hacía; y uno de ellos, llamado Macario,  
 „ se arrojó sobre el Santo, y le maltrató. Hombre  
 „ malvado, le dixo, tú pones á toda la Ciudad en  
 „ consternacion por tus sediciosos discursos: ¿tie-  
 „ nes atrevimiento á oponerte á una religion, que  
 „ el Emperador tan sabiamente ha restablecido?  
 „ Respondióle Basilio: El Señor te arranque esa



lengua, infeliz esclavo del demonio. No soy yo quien destruyo tu religion, sino el que reyna en el cielo: aquel mismo que ya la ha arruinado: ese mismo, digo, sabrá muy bien hallar medio de exterminarla por segunda vez. El puede muy bien desvanecer todos los quiméricos proyectos de tu Emperador, hasta que le reduzca á la última miseria, en donde no hallará mas que la muerte, que le será entonces dada, como justo castigo de su insolente rebelion contra Dios.

Esta respuesta no hizo mas que irritar excesivamente los ánimos. Llénale en casa del Proconsul (1). Este hombre, gritan tumultuariamente mas de cien personas á un tiempo, pone en turbacion, y confusion toda la Ciudad. Nosotros le hemos hallado enseñando al pueblo una doctrina peligrosa: dice que es necesario derribar los altares de los Dioses; y habla de ellos, y del Emperador indignamente: el pueblo le escucha; y ya ha pervertido á muchos. Preguntóle el Proconsul quién era, y cómo había tenido el atrevimiento de hacer semejantes cosas. Yo soy Cristiano, respondió Basilio. P. Pues eres Cristiano, ¿por qué no haces lo que debe hacer un Cristiano? B. Yo tambien lo hago; porque en fin, un Cristiano debe hacer todas sus acciones á vista de todo el mundo. P. ¿Por qué excitas tumulto en la Ciudad, hablando del Emperador con poco respeto, y haciéndole pasar por un

(1) Saturnino.

Príncipe, que viola impunemente las mas santas leyes, blasfemando contra su sagrada persona, y contra su religion? B. No hay nada de todo eso. Yo no he blasfemado ni contra el Emperador, ni contra su religion. Pero este Emperador de que yo hablo, es el Dios del cielo, y de la tierra, que reyna soberanamente sobre todos los hombres, á quien nuestros padres han adorado. El es quien puede en un momento confundiros á vosotros, y á vuestros Dioses. P. ¿Con que segun lo que dices, no será verdadera la religion que nuestro Príncipe ha restablecido? B. ¿Cómo lo ha de ser? ¿No os parece lo mismo á vos, Señor Gobernador? Una religion que, mas voraz que los perros hambrientos, vá devorando carnes medio crudas; que dá, como estos animales, grandes ahullidos delante de los altares de los demonios, y derrama su sangre al rededor de los mismos altares, ¿es religion buena para hombres? ¿Puede la razon recibir semejante culto? P. Tú no dices mas que necedades, Basilio: calla, y obedece al Emperador. B. Hasta ahora he obedecido al Emperador del cielo: jamás le faltaré á la fidelidad. P. ¿De qué Emperador hablas? B. Del que reside en el cielo, y que vé, y considera todas las cosas. Porque ese otro, cuyas órdenes me quereis obligar á recibir, no manda sino en un rincon de la tierra, y bien pronto no mandará mas; pues no siendo mas que hombre, caerá por su turno, como los demás hombres, en poder del Gran Rey, que le hará dar cuenta de



sus acciones. Poco satisfecho el Proconsul de sus respuestas, hizo poner al Santo sobre el potro. Mientras que le atormentaban, decía: Señor, Dios de todos los siglos, yo os doy gracias, porque me habeis juzgado digno de andar en el camino de los sufrimientos: siguiéndole, estoy seguro, Señor, de arribar á la vida, y de hallarme en compañía de los que habeis hecho herederos de vuestras promesas, y que ya las gozan. ¿Qué te parece, interrumpió el Proconsul, crees ahora que el Emperador de la tierra puede, quando le place, castigar á los que rehusan obedecer á sus órdenes? Si lo ignoras, la experiencia es una gran maestra: ella te lo podrá enseñar. ¿Quieres creerme? Sacrifica, Basilio. No te creeré yo, replicó el Martir, ni tampoco sacrificaré. Envióle el Proconsul á la carcel. Quando le llevaban á ella, encontró en el camino á cierto hombre perdido de profesion, llamado Felix, que le dixo: ¿Dónde vas á perderte, pobre? ¿Por qué no te haces quanto antes amigo de los Dioses, que tú lo serás bien presto del Emperador? De otro modo te puedes prometer sufrir terriblemente, y con justicia á la verdad. Echándole entonces Basilio una ojeada cruel, y fulminante, le respondió: No te acerques á mí, infeliz, hombre petrificado en los vicios, espíritu impuro: ¿te toca á tí el penetrar los motivos que me hacen obrar? ¿Cómo podrás tú, rodeado de tinieblas, divisar el menor rayo de la verdad? Y diciendo esto, se entró en la carcel.

En-

Entretanto informado por el Proconsul Juliano de todo quanto había pasado en este asunto, envió este Príncipe allá á Elpidio (1), y Pegazo, dos hombres que estaban apasionados enteramente á él, y que le servian de emisarios para perder las almas: al pasar por Nicomedia tomaron á otro malvado llamado Asclepio, y que era Sacerdote de Esculapio. Luego que llegaron todos tres á Ancira, tomaron informes del estado en que estaba la causa que los trahía á aquella Ciudad. Supieron que Basilio estaba en la carcel, donde no cesaba de alabar, y glorificar á Dios. Al dia siguiente de su arribo fue allá solo Pegazo, con ánimo de tratar con él. Luego que le alcanzó á ver, le comenzó á decir á gritos: Aquí está un humilde servidor de Basilio. A que el Santo respondió: Aquí está Basilio, que no lo es tuyo, detestable prevaricador, infame desertor de la milicia de Jesu-Christo: ¿no te acuerdas, traidor, de tus primeros años, de aquellos dichosos tiempos, en que bebías en las fuentes siempre puras, siempre claras de la divina palabra? Y ahora no te llenas sino de aguas cenagosas. Entonces tenías parte en los sagrados misterios de la mesa de Jesu-Christo: hoy dia comes en la de los demonios. En aquellos felices dias eras tú

(1) Este es el Conde Elpidio, Gran Maestro de la Casa del Emperador, el qual abrazó el Paganismo por pura complacencia para con Juliano. Despues de la muerte de este Príncipe, cayó en desprecio baxo sus sucesores; y en la Corte de Valente no se le llamaba sino el Sacrificador Elpidio.



tú el Doctor, y el Maestro de la doctrina santa; y ahora has llegado á ser el capitán de los perseguidores de la verdad. Tú celebrabas con los Santos fiestas del todo santas; y ahora no sabes mas que profanas, que solemnizas con los Ministros de Satanás. Infeliz, ¿cómo te has dexado quitar tan grandes riquezas? ¿cómo has renunciado tan buenos derechos? Qué harás tú, qué responderás quando comparezcas ante el tribunal de Dios? Despues se puso á orar en voz alta, diciendo: "Seais glorificado, Señor. Vos que gustais de descubrirnos á vuestros siervos, á los que desean sinceramente conoceros: vos que derramais una parte de vuestra gloria sobre los que esperan en vos, y llenais de confusion á los que desprecian vuestras santas leyes: vos en fin, que sois glorificado en el cielo, y adorado sobre la tierra, no permitais, ó Dios sumamente bueno! que vuestro siervo caiga en los lazos del demonio: concededle siempre la gracia de menospreciar á los que aborrecen la santidad de vuestra Ley, de resistir á sus acometimientos, de despreciar sus amenazas, y de triunfar de sus fuerzas todas."

Ofendido furiosamente Pegazo de un discurso que le contemplaba tan poco, salió de la prision, jurando por todos sus Dioses, que se había de vengar de él. Contó el caso á sus dos compañeros, y no le costó trabajo el ganarlos á su favor. Fueron todos tres á ver al Proconsul, y le explicaron sus quejas contra el Martir. Queriendo  
aquel

aquel Magistrado agradar á Pegazo, que era el que hacía mas ruido, mandó que le llevasen el Santo. Luego que llegó este, hizo sobre sí la señal de la cruz, y dixo al Juez sin turbarse: Ahora podeis hacer lo que gustáreis de mí. Oyéndole hablar Elpidio de esta suerte, dixo al Proconsul: Ese hombre es un descarado facineroso, ó un loco consumado. Yo soy de parecer que se le dé un fuerte tormento: si se rinde, en hora buena; y si no, es necesario remitir su causa al Emperador. Hízole, pues, estender aquel Ministro por los pies, y por las manos, de suerte que sus nervios, sus músculos, y sus tendones se alargaban conforme las ruedas de la máquina iban tirando las cuerdas con que estaba atado. Pero él, dirigiendo la palabra al Proconsul, le dixo: Yo te desafio con toda tu impiedad, y á tus tres compañeros con todo su poder: ni tú, ni ellos podreis cosa alguna contra mí; porque Jesu-Christo está á mi favor. Entonces dixo el Juez: Traigan las cadenas mas pesadas que se puedan hallar: pónganselas al cuello, y á las manos para enviarle al Emperador. Ténganle entretanto encerrado hasta que le haga marchar.

En este intermedio vino Juliano á Ancira. Los Sacerdotes de Hecates le salieron al encuentro, llevando su Diosa en unas andas, á quienes hizo grandes liberalidades. Al dia siguiente, como asistiese á los espectáculos, le habló Elpidio de Basilio, y el Emperador le quiso ver al salir del Anfiteatro. Compareció el Santo ante él  
con



con un aire del todo magestuoso. ¿Quién eres tú? le dixo Juliano: ¿cómo es tu nombre? Voy á decíroslo, respondió Basilio. Primeramente me llamó Christiano: este nombre es grande, y muy glorioso el llevarle. Porque el de Jesu-Christo es un nombre eterno, que no perecerá jamás, ni la continuacion de los siglos podrá borrar un nombre que excede á toda la grandeza, toda la gloria, y toda inteligencia humana. Además de este nombre de Christiano, continuó despues, tengo tambien el de Basilio; y con él soy conocido en todas partes. Pero si conservo sin mancha el primero, recibiré de Jesu-Christo por recompensa la inmortalidad. Estás errado, Basilio, replicó Juliano: tú no ignoras que yo tengo algun conocimiento de vuestros misterios: dígotte que aquel en quien pones tu esperanza, no es como tú piensas: ya está muerto, creeme, y bien muerto, siendo por entonces Pilato Gobernador de la Judea. No voy errado, replicó Basilio: Vos sois, ó Emperador! el que lo vais: vos, que habeis renunciado á Jesu-Christo en el momento mismo en que os daba el Imperio; pero os advierto que dentro de poco os le quitará con la vida; y entonces conoceréis, pero ya tarde, quién es el que habeis abandonado. Tú saldrás mentiroso, falso Profeta, dixo Juliano: no sucederá eso así. Yo digo la pura verdad, replicó Basilio: sabed que así como habeis querido perder la memoria de los beneficios que recibísteis de él: así tambien olvidará él su bondad quando

os quisiere castigar. Vos no tuvísteis ningun respeto á sus altares: se los derribásteis: él os derribará de vuestro trono. Vos os complacísteis en violar su Ley, aquella Ley que tantas veces al pueblo anunciásteis (1): vos le atropellásteis; pero vuestro cuerpo quedará sin sepultura: él será pisado, despues que vuestra alma haya salido á fuerza de los mas violentos dolores. Mi ánimo era salvarte, replicó Juliano; pero puesto que sin respeto alguno á mi dignidad, no solamente desprecias los consejos que te doy; pero ni tampoco temes hablarme con la mayor insolencia, debo vengar la magestad del Imperio, tan horriblemente ultrajada en mi persona. Y así quiero que cada dia le quiten á tu cuerpo siete correas, ó tiras de carne. Cometió esta execucion al Conde Frumentino, Escudero Mayor de Palacio. Despues que el Santo padeció con una admirable paciencia aquellas crueles incisiones: Yo quisiera, dixo, hablar una palabra al Emperador. Loco de contento Frumentino, imaginándose que Basilio se habría por fin resuelto á sacrificar á los Dioses, corrió al Palacio, y llegando sin aliento: Señor, le dixo, Basilio se rinde: quiere tener el honor de hablar á V. M. Salió al punto Juliano de su Palacio, y se fue al Templo de Esculapio, adonde hizo venir al Santo. Luego que estuvo delante del Emperador: ¿Dónde están, le dixo, vuestros Sacrificadores, y vuestros

(1) Había sido Lector Juliano.



tros adivinos? ¿Os han dicho lo que me ha movido á pedir os audiencia? Yo he creído, respondió Juliano, que sería para asegurarme de que estabas pronto á reconocer los Dioses, y á juntarte á nosotros en los sacrificios que les ofrecemos, y cultos que les damos. No hay cosa mas distante de mi pensamiento, replicó Basilio. Los que vosotros llamais Dioses no son otra cosa que unos ídolos ciegos, y sordos. Al decir esto, tomó uno de los pedazos de carne, que le habian cortado aquel dia, y arrojándoselo al rostro del Príncipe: Toma, Juliano, le dixo, come de eso, pues tanto te gusta. Por lo demás, te declaro que la muerte es para mí una ganancia; que es Jesu-Christo por quien sufro; que él es mi refugio, mi vida, y mi apoyo.

Temiendo el Conde Frumentino la indignacion del Emperador, á quien esta accion de Basilio ponía furioso, se retiró prontamente de su vista. Entretanto pensaba con qué muerte castigaría un ultrage tan sangriento hecho á su amo, que se imputaba á sí, y que parecía quererse hacer responsable. Subió, pues, sobre el tribunal, y mandó que redoblasen los tormentos del Santo, que le hiciesen mas profundas incisiones, hasta que se le viesen las entrañas. Mientras que obedecian á Frumentino, oraba Basilio, y decía: ¡Seais bendito, Señor, vos, que sois la esperanza de los Christianos, que levantais á los que caen, y que sosteneis á los que bambolean, que preservais de toda corrupcion á los

los que esperan en vos, y que curais las heridas, que nos han hecho por imprudencia, ó por malicia: ó Dios todo bueno! todo misericordioso, que sufrís con nosotros, que padecéis en nosotros, baxad vuestros ojos de lo alto de vuestra gloria sobre vuestro siervo: concededme la gracia, ó Dios mio! de acabar felizmente mi carrera, y merecer por esta fiel perseverancia el ser recibido en vuestro Reyno. Con esto, llegada la noche envió el Conde al Santo á la carcel. Juliano partió al dia siguiente para Antioquia, sin querer ver al Conde. Temiendo, pues, este Oficial de su fortuna, y de su propia persona, hizo los últimos esfuerzos para obligar á Basilio á someterse á la voluntad del Emperador. En fin: ¿Qué quíeres mas, le dixo, ó sacrificar, ó morir? Ya sabes, respondió Basilio, cuántos pedazos de carne hiciste ayer cortar á mi cuerpo: no había uno de los asistentes, que no llorase al ver mis sufrimientos: mira hoy mis espaldas, vé mis costillas, y dime si hay de ello alguna señal. Sábeta que Jesu-Christo me ha curado esta noche: puedes enviárselo á decir á tu Juliano: sí, bien puedes hacerle saber cuál es el poder de Dios, que él ha dexado por entregarse al demonio, que le seduce, y engaña. Tan ingratos es, que ya no se acuerda que los Sacérdotes de este Dios le salvaron en otro tiempo la vida (1), escondiéndole debaxo

(1) Constancio su primo hermano le quería dar la muerte.



del altar, aquel altar que despues él ha derribado. Pero mi Dios me dá á entender, que será él, dentro de poco, arruinado, y su tiranía apagada en su sangre. Mientes descaradamente, respondió Frumentino: el invencible Juliano, Señor del mundo, no es tirano. Hombre malvado, ¿no has experimentado tú mismo su dulzura, su clemencia, su humanidad, y su increíble paciencia? Al contrario él, ¿no ha sufrido de tí una afrenta sensible, y que no hay con qué castigarla? ¿No me has querido tú mezclar tambien en tu delito? ¿No me hallo yo por causa tuya en la desgracia del Príncipe? Pues ya puedes esperar recibir el castigo que mereces. Voy á curarte de tu locura, voy á hacerte meter por todas las partes del cuerpo puas de hierro ardiendo. Respondióle Basilio frescamente: Tu Emperador no me ha puesto miedo, ¿y tú piensas aterrarme?

En tanto que traspasan al Santo por todas partes, ora en alta voz, y pronuncia distintamente estas palabras: "Jesus, luz mia: Jesus, esperanza mia: yo os doy gracias, Dios de mis padres, de que saqueis en fin á mi alma de esta habitacion de la muerte. No permitais que yo profane el sagrado nombre que tengo: el vuestro es, Señor: conservadle en mí puro, y sin mancha, para que terminando plenamente esta gloriosa carrera, entre en posesion de este descanso eterno, que habeis prometido á mis padres. Recibid el espíritu de vuestro sier-

vo,

vo, que muere confesando que vos sois el único, y el verdadero Dios." Acabada esta oracion, espiró por Junio el dia veinte y ocho.

V.

MARTIRIO

DE S. TEODORO.

Sacado de la Historia Eclesiást. de Rufino, lib. 10. cap. 35. (1)

Sacrificando un dia Juliano á Apolo en un arrabal de Antioquia, llamado de Dafne, cerca de una fuente (2) consagrada á este Dios de los Paganos, se quedó mudo este famoso oráculo, y no respondió nada á las preguntas que le hacía el Emperador. Preguntó Juliano á sus Sacerdotes la causa de este silencio, y le dixerón que la proximidad del sepulcro del Martir Babilas desagradaba á aquella Deidad; y que no respondería palabra hasta que lo separáran del parage. Hizo al punto el Cesar llamar á los Galileos (cuyo nombre daba á los Christianos), y les mandó quitásen prontamente el cuerpo del Martir, y lo fuesen á poner en otro lugar. Acudió allá toda la Iglesia de Antioquia, todas las cabezas de familia, los jóvenes, las doncellas;

Tom. III. V

(1) Esta historia la refieren S. Agustin, Sócrates, Sozomeno, Teodoro, y otros. (2) Llamábase esta fuente Castalia.